



A VUELA PLUMA

Nuestras vidas dañadas

Virginia Galilea

La crisis sanitaria, económica y social ha transformado nuestra forma de vivir y relacionarnos. Su enorme impacto ha afectado a todas las áreas de la vida, incluido nuestro trabajo. En noviembre pasado, el equipo profesional del Centro de Rehabilitación Laboral “Nueva Vida” impartió un curso organizado por la AMRP, el primero en su historia en formato online. Es evidente que el formato no presencial de este curso vino dado por las consecuencias de la pandemia, de este encierro global, de este virus que nos rodea, enferma y distancia físicamente. La mascarilla ya es una protección habitual que solo deja al descubierto los ojos. Privados de la importante información de la expresión facial del otro, nos hemos convertido en especialistas en interpretar su mirada. La mascarilla supone

otra distancia añadida; además de la física, la emocional. También se interrumpió el contacto físico, no podemos tocarnos. Ahora simulamos el abrazo abrazando el aire, llevamos el puño al corazón para expresar el afecto y alargamos el brazo y tendemos la mano hacia adelante para orientar nuestros besos imaginarios. “*Lo natural es lo acostumbrado*”, decía Ernesto Sábato, y ya es costumbre esta suerte de simulacro de la interacción entre nosotros. Desde el comienzo de la crisis resolvemos nuestra vida a través de pantallas, ventanas donde asomarse a un mundo aséptico, frío, editado en escala de grises. Durante el gran confinamiento estas pantallas nos permitieron algún contacto precario con amigos y familiares. Estos encuentros virtuales paliaban el daño, pero dejaban un rastro amargo, un alivio pasajero de la agobiante sensación de soledad y zozobra.

No es este el único mal que nos ha traído el confinamiento. El filósofo argentino Darío Sztajnszrajber contaba en redes que el confinamiento ha supuesto “*una socavación: una interrupción, una alteración de proyectos cuando no la imposibilidad de establecer proyectos*”. El escritor uruguayo Eduardo Galeano escribía en una de sus obras que, en la lengua hebrea,



la palabra “enfermo” significa “sin proyecto”, ausencia de proyecto. No sé si se trata de uno de los juegos que Galeano hacía con las palabras, pero a quienes trabajamos en rehabilitación laboral nos parece un juego cargado de sentido. Otro efecto indeseable de la pandemia es el desasosiego que provoca la incertidumbre; no saber exactamente qué sucede, qué va a pasar y hasta cuándo va a pasar. Soportamos mal la incertidumbre; necesitamos alguna referencia, una idea previa sobre circunstancias, espacios y tiempos; un panorama que se abra ante nosotros y nos permita establecer algún tipo de previsión. Tampoco aporta tranquilidad que la pandemia nos devuelva un mundo dislocado donde ya nada parece ser lo que era, donde nada parece bajo nuestro control. Durante los días más duros del encierro sentimos la interrupción de nuestra vida cotidiana; además de la vulnerabilidad física sentíamos indefensión ante un entorno repentinamente hostil; es el entorno el que acentúa o palía la percepción de la posibilidad de resultar heridos. A nuestro alrededor se construía una realidad distinta en la que asumíamos la propia rareza. Día tras día incubábamos el malestar. La evidencia del encierro devolvía la idea de la dependencia de los otros, de la interdependencia. Durante el confinamiento,

todos nos dimos cuenta de la importancia esencial de trabajos tradicionalmente poco valorados y muy mal pagados; nos iba la vida en la labor de las cajeras-reponedoras, mensajeros, limpiadores en general, tenderas de pequeño comercio de proximidad, conductoras, camioneros, etc. Un historiador argentino, Felipe Pigna, desde el encierro en su casa de Buenos Aires, subió un video a la red en el que hablaba de la historia de las pandemias y decía: “*Las pandemias sacan lo mejor y lo peor de nosotros. A la gente se le caen las caretas.*” En los patios, ventana a ventana, reparábamos en la existencia y presencia del vecino de al lado, por quién ahora nos interesábamos y al que preguntábamos si todo iba bien. Se construía una realidad distinta y nosotros nos sentíamos distintos, raros. Es lo que Amador Fernández Savater llama, incluso como un fenómeno anterior a la pandemia, crisis de la presencia, una crisis en la que nuestro “estar en el mundo” ya no está asegurado, ya no está garantizado; lo que parecía sólido, el mundo y quizá uno mismo, comienza a desintegrarse. También se quebraba el sentido de la vida y el sentido de lo real; la desaparición de aquello que nos organizaba, la coexistencia subjetiva y la objetividad de las cosas. La distancia física, la falta de contacto, la

imprevisión, la ausencia de proyectos, la incertidumbre, el mundo al revés, nuestro enrarecimiento, la indefensión, el sufrimiento, el malestar, la realidad alterada, suponen un conjunto de privaciones para el ser humano que no tiene precedentes en nuestra historia reciente. Este paisaje convierte nuestra vida en una vida dañada. Existe un hecho aún de mayor magnitud: la pandemia ha puesto en bandeja la evidencia, global, mundial, de nuestra propia vulnerabilidad. Como individuos y como especie. Muchos autores nos enseñan que lo que nos aproxima a otros seres humanos es la vulnerabilidad que compartimos. El Doctor en Filosofía Joan Canimas, en las últimas jornadas de la AMRP, hablaba de que la ética del cuidado tiene que ver con la estimación del otro, con quien establecemos una ligación, un vínculo que tiene que ver con la naturaleza de nuestra manera de estar en el mundo: a los seres humanos nos une la temporalidad, la finitud, el asombro ante el mundo, la vulnerabilidad. Ese reconocimiento de la vulnerabilidad que compartimos nos parece un buen punto de partida para acercarnos y considerar nuestro trabajo de rehabilitación. La rehabilitación psicosocial y laboral no es sino un modo particular de acercarse al otro y estimar, valorar, su enorme dimensión. El cuidado y la

cooperación no son solo actos de la voluntad, sino que tienen que ver con la ética, que trata de las obligaciones, del vínculo que supone formar parte del grupo humano. *“Personas ayudando a personas, casi parece un milagro”*, decía Hannah Arendt.

La pandemia y el confinamiento han dado cauce a una reflexión crítica acerca del mundo y de nosotros mismos que confronta nuestra visión anterior de las cosas. Nuestra vulnerabilidad también se expresa en la frágil integridad personal, en la quebradiza estructura social, en nuestras borrosas ideologías, en nuestra turbia manera de conocer, en nuestra poco convencida forma de creer en algo. *“La instrumentalización laboral de la educación, el dinero como criterio de éxito, y el desprestigio del pensamiento y de la creación en la forma de abordar la comunicación y las relaciones sociales, ha llevado a la construcción de un tipo de ciudadano que entiende la experiencia como algo pegado al cuerpo individual, más concretamente al suyo.”*, escribió la escritora Nuria Labari en el diario El País a propósito del negacionismo y el insoportable ruido político que ha acompañado la pandemia. El gran confinamiento también supuso una invitación implícita a la introspección, al balance; invitación a detenerse, mirar al espejo y verse.



Las crisis conducen primero al examen, a la revisión, y luego a la toma de decisiones. El psicólogo Juan Fernández Blanco escribe sobre la pandemia en un texto reciente que *“la verdad de la pandemia sigue ahí, tozuda, incordiante, tantas veces trágica. Por eso, quienes nos dedicamos a la rehabilitación psicosocial debemos mirarla de frente pues ha condicionado, y condiciona mucho, nuestro quehacer. Todos nos hemos dado cuenta de que una situación como esta nos deja interrogantes, nos siembra dudas y, aunque parezca mentira, también nos puede abrir posibilidades de crecimiento y mejora.”*

(Agradezco a Lorena Fernández su invitación a participar en esta sección, en la que han colaborado anteriormente profesionales y amigos queridos y admirados. También mi agradecimiento a las personas que forman la actual Junta directiva de la AMRP. Nuestras vidas dañadas recoge de forma resumida algunas líneas de reflexión que construimos juntos José Colis y yo durante el gran confinamiento de la primavera de 2020 y que sirvieron para adaptar y armonizar la ayuda a nuestros atendidos con las distintas y nuevas necesidades surgidas a consecuencia de la pandemia.)

